

# Hancock

59

Un árbol de oro sucio  
encajado en mitad de las dos casas,  
y el viento que al pasar  
hacía un sonido  
de copas frotadas por el borde.  
El otoño cantaba como un coro de bronce,  
cruzaba las montañas,  
tocaba las aldabas de las puertas mostaza.  
Todo allí alrededor ritmaba la estación,  
una misma paleta antifonal,  
como si atreverse a usar otros colores  
acarreamos un castigo,  
cada trozo de paisaje en una partitura  
de cosas encastradas:  
el ensamblaje de la melancolía.

Aquel lugar de Massachusetts  
te recordé Japón:  
la madera pulida y sus tonos oscuros,  
la gradación de sombras,  
los encuadres y la luz tamizada,  
todo diseñado para su función,  
desde la araña del calefactor hasta el cuarto  
del hielo con sus pinzas enormes  
y su sótano con suelo de aserrín;  
nada superfluo,  
cada cosa orgullosa  
de su hermoso porqué.  
Formas pensadas para armonizar  
un mundo cercenado por la bisectriz;  
lado A, lado B,  
hombre, mujer,  
un ala de la casa para cada género,  
el simple sueño de lo complementario,  
austero mecanismo donde el agua  
de alegres lavanderas se usa para mover  
máquinas masculinas en el cuarto de al lado.  
Era una tentación, un reto.

La suave complacencia, la certeza  
de haber sido creados para ese preciso  
rincón del universo,  
desde allí funcionar,  
seguir las jerarquías y órdenes trazadas,  
ir puliendo costumbres en silencio,  
sin enfadarse, sin desentonar,  
vistiendo capas ocres,  
fabricando unas cajas de madera flexible,  
curvadas al vapor, selladas con un cierre  
que llaman “cola de golondrina”.

Vi los trofeos más puros del reino del matiz,  
probé frutos bordados del árbol de la vida,  
imaginé canciones  
tras las jornadas arduas en el campo.  
Solo al pasar por lo que se supone  
que era una enfermería fue que sentí de golpe  
la tristeza profunda que calaba aquel sitio.  
Y tú también lo viste,  
pasaste tus dedos sucios por esa cicatriz,  
miraste aquellos frascos de metal,  
los montones de tela arrebujada,  
los cabezales fríos de las camas de hierro,  
las cuerdas que colgaban de un piso al otro:  
un patíbulo práctico.  
Y ambos comprendimos  
casi al mismo tiempo  
la tremenda locura que implica prescindir  
de la sana locura del mundo desigual  
y sus sexos revueltos,  
de la estéril belleza que grita su rabia  
más allá de proyectos y ritos cotidianos.  
No teníamos remedio.  
Fue un día radiante pero ya a la salida  
—los autobuses de turistas idos—,  
la luz se iba apagando  
por aquellos senderos de un jardín vencido,  
la torre del pajar sobresalía  
como el centro de un panal abandonado,  
el viento susurraba en la hojarasca  
su *diminuendo*. —